

La crisis industrial en Cataluña

La cuestión obrera, según los patronos.

Muchos fabricantes—singularmente los de Ripoll—culpan á la clase obrera, ya que no de haber causado la crisis, al menos de haberla precipitado con sus últimas huelgas. Entonces—aseguran aquellos—dejaron de servirse muchos é importantes pedidos de Cuba y Filipinas, en virtud del paro forzoso de sus fábricas.

Aparte esta concausa—de orden transitorio y circunstancial—existe, según unos patronos, otra de carácter esencial y trascendental, porque constituye una rémora para el progreso de nuestra industria fabril y la imposibilita luchar con la producción extranjera. Esta concausa, denominada *mano de obra*, la cual, siendo, al parecer, más barata en España que fuera de ella, es, en realidad más cara. En Inglaterra, por ejemplo, los operarios trabajan con doble número de máquinas que en España; dando, tan solo con su jornal de un 25 por 100 más que los nuestros, una producción del 100 por 100 superior á la que aquí se logra.

Según otros patronos, la clase obrera en Cataluña, se encuentra en condiciones tales, que, sin estar tan adelantada como las de Francia, Alemania é Inglaterra, disfruta de un salario superior al de éstas.

Y según otros patronos, retribúyese en en el extranjero, menos que en España, la mano de obra. En Suiza, por ejemplo, un operario que hace funcionar dos máquinas respectivas de *mil husos* cada una, gana un jornal de 25 francos semanales. En nuestras fábricas, un obrero que se halla al frente de una máquina de *quinientos husos*, devenga 30 pesetas.

Si nuestro obrero no lleva más telares á la vez, no es, seguramente—siempre ha-

blan los patronos—por falta de aptitudes intelectuales y físicas. A juicio de éstos, el obrero español es más inteligente, idóneo y ágil que el extranjero, sea cual fuere. Nosotros hemos visitado fábricas—dicen—en diversos pueblitos extranjeros, y pudimos apreciar las dotes de los operarios. Estos se mueven como autómatas, en tanto que los nuestros parecen ardillas; si aquellos llevan tres y cuatro telares, éstos podrían llevar seis, merced á la superioridad de sus aptitudes.

Otros, sin negar las condiciones que adoran á nuestros trabajadores, entienden que su falta de práctica y de educación técnica determina nuestro atraso y hacen imposible la competencia con la producción extranjera, que, siendo aquellos más inteligentes que los extranjeros, aventajarían á éstos, si fuesen igualmente educados.

La limitación del campo en que aquí se desarrolla la industria, exige á nuestra clase obrera multiplicidad de aptitudes que á todos perjudica. A este propósito citan á Inglaterra, en cuyas fábricas, el obrero que se dedica á una cosa, no hace otra en toda su vida, logrando con tan constante labor, una perfección inimitable. En España este procedimiento se hace imposible, al tener —por razones de economía—que atender el trabajador á varias cosas á la vez.

A demás de estas consideraciones, existen otras que pudiéramos calificar de *naturalidad y de conducta*, ó sea la característica impresionabilidad en los españoles, hija del clima; impresionabilidad que lleva á los obreros más expertos y diestros y apesar de estar casados y tener numerosa prole á no rendir—por un exagerado espíritu de compañerismo—mayor suma de trabajo y, por tanto, devengar más jornal que los de estado cívico y desmedradas facultades.

Hasta aquí, lo que han dicho los patronos. A su turno, consignaremos lo que dicen los obreros.

Para sentenciar un pleito, hay que oír á ambas partes.

Rafael Chichón.

Barcelona y octubre de 1900.

DE TODAS PARTES

La paciencia en soportar los dolores y las contrariedades sería una de las cualidades principales de los chinos, si esta paciencia no se trocara en inercia. Con la frase filosófica: «Jamás encontraremos la tranquilidad» se consuela el chino, no solamente de los mayores sufrimientos físicos, sino también de las contrariedades temporales, incendios, inundaciones, pérdidas de cosechas, injusticias, etc.

Pero este talento en soportar contrariedades vá unido á la falta de lo que en Europa llamamos «nervios»; es un pueblo sin nervios, como queda demostrado por la falta de toda alteración provocada por éstos. El chino jamás siente cansancio por exceso de trabajo, por más que sea un trabajador incansable. No le molesta tener que permanecer largo tiempo en una misma postura; escribe todo el día como un autómatas; si es artesano permanece durante todas las horas del trabajo en el mismo puesto, sin parecer tener conciencia de la monotonía de tal existencia.

Asimismo se demuestra la falta de nerviosidad en la manera de dormir del chino. Tendido sobre un montón de paja ó sencillamente en el suelo, con una piedra por almohada, duerme el sueño del justo. Al carretero no le estorba que su cabeza cuelgue encima de la barandilla del carro, ni que teniendo la boca abierta el sol le seque las fauces, ni que á su alrededor haya movimiento bullicioso—duerme como un bienaventurado.

Tampoco siente el chino la necesidad del movimiento corporal; le es incomprensible que los extranjeros paseen en sus horas de solaz, ó que se sofoquen jugando al lawn tennis. Un maestro de escuela chino preguntó un día al criado de una familia europea: «¿Cuánto le pagan á tu señora, para que corra y salte tanto?» Al contestar el criado «¡Nada!» no quiso creerlo.

La insensibilidad del chino para con los malos olores es otra prueba de su falta de nervios. Debido á ello no le repugnan los manjares más asquerosos.

TIPOS DE MADRID

El trapero

(DE COLABORACIÓN)

Es de los pequeños industriales el que más gana, y es que sus apariencias de pobreza suele á veces dirigir un tráfico que para sí quisieran algunos comerciantes de lojosa tienda, de esos que se atusan el bigote, se peinan con raya y hasta se perfuman.

El trapero de Madrid no es el que escarba con el gancho en los montones de desperdicios que la vecindad, mel que pese á leyes y ordenanzas, abandona en medio del arroyo, ni tampoco aquel otro que con faro y palo escarba basuras; el trapero es algo más elevado en esta escala de especuladores, y aunque se llama trapero, en lo que menos comercia es en trapos; compra y vende, paga y cobra al contado, e queda con el saldo de las existencias de un comerciante quebrado y con los muebles del ricachón venido á menos, y lo mismo adquiere las herramientas de un albañil, que representan toda una fortuna para un trabajador, que se lleva por unas cuantas monedas los libros de un sabio que murió en la indigencia y que representan estudios incesantes y labor continuas.

Vedle, está en el Rastro, su campamento, sus reales, por decirlo así, la central de todas sus manipulaciones. ¿Véis aquel hombre, bajito, delgado, de rostro curtido por el sol, de bigote decucudado y de barba afeitada... hace mucho tiempo, que lleva en la cabeza un sombrero de paja que ya no es amarilla, sino negruzca en fuerza del agua y del polvo, apabulado y deformado por el paso de otros sombreros que sobre él gravitaron ó el de algún mueble con el que cargó su dueño; aquel hombre de ojillos escrutadores como los de un po-

Francisca estaba medio desvanecida, cuando se la tendió en su lecho, después de haberla desnudado Maria Tournier.

Pasados algunos minutos de reposo, abrió de nuevo los ojos.

Y preguntó á su marido con la vista, lo que ántes había insistido en preguntar con la palabra; su marido permaneció mudo, mordiéndose con rabia la punta de su bigote gris.

Una lágrima corrió lentamente por las mejillas del pobre hombre; sacó el pañuelo del bolsillo y se sonó ruidosamente, sin contestar á la pregunta de su mujer.

—Está bien—pensó esta;—puesto que no quiere decirme lo que ocurre, esperaré á que se haya dormido para saberlo por mí misma.

Y entonces fingió que dormitaba.

¡Maria Tournier se había instalado en la alcoba de Elisa para pasar la noche al pie de la cama de su amiga.

Félix Meriel, agobiado por la serie de emociones sufridas durante el día, se dejó caer en una silla en el comedor.

Allí fué, pnes, donde fué á reunirse Jérónimo Vasselot, cuando creyó que su mujer estaba dormida.

Félix intentó levantarse al ver al padre de Elisa.

—No os molestéis, amigo mío—le dijo Jérónimo,—tenemos que hablar. ¿Sabéis sin duda dónde está ese tunante de Gilberto?

—Os juro que no lo sé—respondió Félix.

Vasselot se sentó frente á él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No soy ningún chiquillo—dijo,—y comprendo demasiado el por qué de la desaparición de Gilberto. Cree que mi Elisa ha sido la querida de ese hombre. Mañana la pediré perdon de rodillas ó le mataré.

¿Pero sería cierto lo que le decía Vasselot, de que aquel coche llevaba á Elisa y á su marido?

¿Sería verdad que les precedían los recién casados?

Por el empeño mostrado en ocultarla lo que había ocurrido, había llegado á figurarse cosas terribles, había llegado hasta imaginarse que su hija había sido muerta de pronto, y que su yerno de desesperación, no se atrevía á presentarse delante de ella.

Las palabras llegaban aún con dificultad á sus labios; la lengua apenas obedecía aún al cerebro; sin embargo, hizo un violento esfuerzo y bruscamente dijo:

—Me has engañado, Vasselot.

Jerónimo se estremeció sin atreverse á responder.

—Me has engañado—repitió Francisca con autoridad.

Vasselot, que era el honor y la lealtad mismos, ignoraba el arte de fingir; sin embargo, por cariño á su mujer, hizo un esfuerzo para procurar que continuase ignorándolo todo.

Pero esta era una tarea superior á sus fuerzas, y por su perplejidad al buscar palabras que no encontraba, Francisca se convenció de que era cierto todo lo que temía. Sólo que comprendiendo que su marido sufría horriblemente al verse en tal aprieto, se mostró más afable y añadió con tono más cariñoso:

—Vamos á ver, mi querido Jerónimo; tú, que no has tenido jamás un secreto para mí, ¿vas á tenerlo hoy por primera vez? ¿Vas á seguir ocultándome lo que pasa?

El bajó la cabeza confundido; su voz se ahogaba en su garganta y hubiera querido estar á mil leguas de allí.

Como siguiera callado, su mujer, dejándose de rodeos, preguntó con ansiedad:

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia á Elisa?

Jerónimo no se atrevió á decir que no, porque estaba seguro de que no le creería.

licia y vivos como los de un ratón; de largos brazos, realmente desproporcionados con el resto de su corto tronco, lo cual le dá cierto aspecto simio; de raída ropa y descuidado calzado, pero siempre con enorme reloj de plata en el bolsillo y, á veces, luciendo gruesa cadena; con su saco vacío al hombro, que más que para otra cosa solo le sirva como muestra y anuncio de su profesión... pues ese es el trapero.

Oídle lo que habla en aquel corro de vendedores, que para él son compradores, y escuchad lo que dice á aquellos otros, tan traperos en el fondo como él, pero con tienda, tenderete ó barraca en el mercado del Rastro.

—Si la quieres, te cuesta cinco duros la sillería y el retrato dos pesetas. Ya ves *Lija*, á mí me costó 7 y algo he de ganarme por el trabajo de traerlo; es un armatoste que pesa bastante; solo el marco vale un dinerat... Es del antecesor de un marqués que ahora anda de malas... El tal cuadro le habrá costado todo lo más á nuestro hombre, dos reales, porque eso sí, el trapero paga en el acto y no regatea, pero ofrece una insignificancia por lo que adquiere; él todo lo toma, pero dá tan poco... Y no piensa el que vá á venderle algo, que otro trapero vá á pagarle mejor el objeto ¡quí! error crasísimo; los traperos que particularmente no se pueden ver unos á otros, constituyen en el ejercicio de su profesión una verdadera hermandad, algo así como una cofradía, un gremio asociado, sin estatutos, ni reglamentos, en el que se ayudan ó secundan mutuamente. Renunciad al trapero, y entregadle la prenda al primero que os ofrezca algo por ella, porque si no, el otro que llameis os dará la mitad, menos aún el tercero, casi nada el cuarto... y llegaréis á uno que no la quiera ni aún de balde. ¿Cómo realizan ellos esta conformidad?

No poco se ha fantaseado para explicarla, una vez comprobado que es un hecho: lo más probable es que llevando los traperos itinerarios fijos en el recorrido que por las calles de Madrid hacen desde las 5 á las 6 de la mañana, y teniendo determinados puntos de parada, estaciones que suele constituir alguna taberna, se transmiten el conveniente aviso y éste, como

toque de corneta que de batallón en batallón recorre toda la extensa línea de un cuerpo de ejército, así ellos, de uno en otro, circulan la consigna.

Pero dejemos aparte este secreto profesional y añadamos solo algunos detalles.

El trapero levántase con el alba, baja al Rastro, cambia impresiones, se toma alguna copa de lo fuerte, lía un grueso cigarro y comienza á recorrer calles con su vocar característico: «¡Traperoo! ¡Ropa vieja que vender, traperoo!» Lo que menos compra es ropa vieja, mejor prefiere la nueva en buen uso, pero él grita así desde tiempo inmemorial. A las 11 regresa al Rastro con sus adquisiciones; entonces separa en el suelo, en montones distintos, lo que trae; todos los zapatos juntos, para el *Chapa*; todos los hierros, en otro, para el *tío Lucas*; las telas, en otro, para *Paco el Metro*, y así sucesivamente. Son los lotes que pronto colocará. En cuanto á muebles ó chirimbolos grandes, para esos queda el trapero citado en la casa del vendedor para volver luego por ellos, con un mozo ó con un carro, según el número, peso y magnitud de aquéllos. Estos tratos, generalmente, y sólo por las señas que dá el trapero, sin haberse éste aún hecho cargo de ellos, sin haberlos movido de la casa, ya los ha vendido á otro *compañero*, ó á uno de los que tienen allí almacén ó puesto. Así se ha ganado de una mano á otra unas pesetillas, sin poner más que su charla y su paseo. Generalmente su trabajo suele haber terminado á las 4 de la tarde. El trapero, dentro de su modo de ser, es formal en sus tratos y cuando no paga del todo, como cuando queda en volver á recoger el objeto, deja siempre señal.

Para eso suele llevar dinero abundante, porque es hombre que suele tener más duros en el bolsillo que muchos que alardean de tenerlos y de poseer cruces pensionadas.

¡Tontos! Acaso tengáis que vender á 2 reales cualquiera día vuestra *lawreada* á ese hombre que todas las mañanas á las 8 grita mirando vuestros balcones:

—¡Ropa vieja que vender! ¡Traperoo!...
P. Gomez Soriano.

LA CUESTIÓN NEGRA

Hay una cuestión negra como hay una cuestión de Oriente, como hay una cuestión amarilla. En suma, los colores desempeñan un papel enorme en la paleta del globo terrestre. Si los chinos espulsan á los extranjeros con procedimientos muy violentos y que reclaman un ejemplar castigo, es por una diferencia de tinte en la cara. Cuando los yankee esterminaron, ó poco menos, los pieles rojas, invocaron una razón análoga. El esterminio de los negros, ó al menos su mantenimiento en estado de siervos de los blancos, se apoya en motivo semejante.

Solamente que los negros protestan y manifiestan la intención de no «continuar en este estado. En efecto, se anuncia para una fecha próxima la reunión en Inglaterra de un congreso de las razas negras, en el cual los delegados de éstas reivindicarán su libertad civil, sus derechos políticos y reclamarán el principio de igualdad de todos los hombres. La sombra de Toussaint Louverture se cernirá sobre esta asamblea de ébano y nos complacemos en creer que el diputado francés Legitimus no dejará escapar una ocasión tan rara de hacer su profesión de fé.

Nada hay tan bello como lo negro.
Solamente lo negro es estimable.

Es curioso hacer constar que el congreso de los negros no se celebrará en París. Será el único este año, y es lástima, pues hubiera resaltado mucho con la deslumbradora blancura que hay en las orillas del Sena.

Tal vez los organizadores han tenido únicamente la intención de plagiar á los franceses, de los cuales se dice que tienen el hábito de hacerse planchar la ropa blanca en Londres, y por esto han escogido aquella capital como eminentemente apropiada para sus deliberaciones. Nosotros desconocemos el programa de estas, pero anticipadamente se puede prever que los delegados del Africa central colocarán en primera línea la cuestión muy interesante de la autropofagia y que será puerta á discusión la mejor manera de guisar á los europeos en estofado ó en asado. Por otra parte, se votará una severa censura contra los

occidentales que tienen la costumbre de estar de «negro humor». Finalmente los feministas negros presentarán una memoria tendiendo á combatir el dicho usado por los músicos de Europa de que una blanca vale por dos negras.

Bromas aparte, y si la noticia es exacta, un congreso de negros denota en estos un bonito estado de adelanto en la vía de la civilización; pero dudamos que los asistentes puedan hacerse tomar en serio. No se comprende la raza negra discutiendo sus propios destinos, especialmente en Inglaterra, que le es tan hostil y en donde los Stanley de todas clases han elevado el degüello sistemático de los negros á la altura de principio.

De hecho, á los europeos corresponde el cuidado de arreglar la cuestión negra, puesto que si han emprendido la tarea de conquistar los territorios en que nace, vive y muere la raza negra, han de introducir allí sus costumbres; pero quien dice conquista dice lucha armada, matanza, supresión de los ocupantes. He ahí tareas que no concuerdan con las ideas filantrópicas. Bien sabido es que la campaña anti esclavista, que suscita en todas partes tanto entusiasmo, ha prosperado muy poco. ¿Crean razonablemente que en el orden político obtendrán mayor éxito que en el económico?

La verdad es que las razas de diferente color permanecen enemigas á través de los siglos. Entre ellas no existe más que una ley, que el más fuerte aplica al más débil: someterse ó desaparecer. Es la ley con la cual la raza blanca pretende aplastar á la raza negra, y todos los congresos de negros no la cambiarán mientras haya Samory y Rabah.

Por otra parte, de arriba abajo de la escala humana, el odio de raza á raza, de nación á nación, de individuo á individuo, es el gran motor de nuestras acciones. Cuando trasladamos el problema de lo general á lo particular, ¿qué vemos? Esto:

Los negros no quieren á los blancos, quienes detestan á los amarillos, los cuales les pagan con usura. El alemán odia al francés, quien no le quiere, lo mismo que al inglés. El revolucionario quisiera guillotinar á todos los conservadores. El obrero y el patrón viven como gato y perro.

—Elisa no corre peligro alguno—contestó por fin, eludiendo como pudo la pregunta.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¿Por tu cruz de honor?

—Por mi cruz de honor—dijo después de un momento de vacilación, que no escapó á la fina atención de Francisca.

—Jerónimo—continuó ésta;—entiéndeme lo que te digo: no te pregunto tan sólo si la existencia de Elisa está en peligro; quiero saber también si ne tenemos nada que temer por su dicha.

Llevado así por su mujer hasta las últimas trincheras, Vasselot vió que no ganaría nada al proponerse seguir luchando con su mujer.

—¡Con mil diablos!—dijo con la brusquedad propia del antiguo soldado.—¡Te has empeñado en forjarte una porción de quimeras tan extrañas, que es imposible resistirte! Elisa y tu estáis separadas por prescripción del médico, y es todo lo que tengo que decirte por el momento; pero eso creo que pasará pronto, y que pronto, por lo tanto, podréis veros.

—Sí, pero...

—¡Basta, mi buena Francisca; no hables tanto, te fatigas y á mi me causas gran disgusto.

—¿Y Gilberto está con Elisa?

A esta pregunta, el pobre Vasselot se turbó de una manera terrible.

Hubo un instante en que creyó que su cabeza iba á estallar á fuerza de discurrir el medio de salir del paso.

Felizmente para él, el coche se detuvo ante la casa en que habitaban.

Se apresuró á saltar de él, satisfecho por verse libre por el momento de contestar á la pregunta de su mujer.

Pensó que una vez en su casa, Félix Meriel y Maria Tournier vendrían en su ayuda y tendrían medios y recursos seguros para calmar á su pobre mujer.

En su apresuramiento para saltar del coche, olvidó el evitar que Francisca, asomase la cabeza por la ventanilla.

Y Francisca vió á Félix, que ayudado por uno de los vecinos, bajaba del carruaje á Elisa para subirla en brazos á su domicilio.

—¡Gran Dios—pensó—que es lo que ha sucedido! ¡Ha cambiado de traje! ¿Que es lo que ha pasado? ¿Y Gilberto, donde está? ¡No le veo...! ¿Cómo es que Félix Meriel es quien sube á mi hija en brazos?

Olvidando su debilidad, iba á precipitarse en seguimiento de Elisa, sin esperar á que nadie la ayudase, cuando Maria Tournier se apresuró á ponerse delante de ella para evitarlo.

—¡Señora Vasselot—exclamó la joven muy sofocada;— el médico ha prohibido que veáis á Elisa!

—¿Hasta cuando vá á durar la prohibición?

—Hasta mañana.

—No permaneceré en esta mortal inquietud hasta mañana... Quiero ver á mi hija... Quiero hablarla...

Llegó hasta la acera, á pesar de los esfuerzos de Maria Tournier; pero en el momento en que lograba ganar la puerta de la casa, fué acometida de un desvanecimiento que á poco la hace caer de espaldas.

—¡Ya lo veis—exclamó Maria...—el médico tiene muchísima razón al prohibiros que veáis á Elisa!

Fué preciso que Jerónimo subiese á su mujer, como hubiese subido á un niño.

El cuarto de los Vasselot se componia de tres piezas: su alcoba, la de Elisa, y, entre ambas, un comedor pequeño.

Academia de Derecho «MORALES»

La más acreditada de Madrid y que mejores resultados ha obtenido en los exámenes de Junio y Septiembre.—Se admiten internos.—Se contesta á los padres y encargados que escriben de provincias.

Directores: D. J. Morales del Campo y D. M. Antonio Valdeavellano
Calle de San-Bernardo, 33 y 35—Madrid.

Sociedad general de transportes marítimos á vapor de Marsella

Servicios del mes de Octubre de 1900

LINEA DIRECTA PARA EL RIO DE LA PLATA

Saldrán de Barcelona directamente para Montevideo y Buenos-Aires, los magníficos y rápidos vapores franceses:

El día 11 de Octubre el vapor **Espagne**
El día 21 de id. » **France**

Linea para el Brasil y Rio de la Plata

Saldrá de Barcelona el 27 Octubre el grandioso y acreditado vapor francés

Consignatarios en Barcelona, Ripol y C.^a, Plaza de Palacio.—Barcelona.

EMIGRACIÓN

PARA LA REPUBLICA ARGENTINA
(Buenos-Aires)

Condiciones excepcionales son las que ofrece la Oficina en París, (Francia) 29, rue Miromesnil, como sean: Tráfico garantido por el Gobierno, á hombre solos y familias, en toda clase de oficios; alojamiento y manutención, al llegar á costa del Gobierno, si como el transporte interior; reducción de más de una tercera parte en los gastos habituales del viaje, según puesto de embarque. Salarios de peones para las cosechas con casa y comida, arriba de 300 pesetas por mes.—La Oficina no carga comisión alguna. Nadie debe embarcarse sin pedir por tarjeta postal, detalles y formularios á la Oficina indicada.



PAPEL

Se vende para envolver género en la Imprenta de este periódico, Plaza de San Francisco, núm. 6, bajos.

ESQUELAS MORTUORIAS

Se publican y hacen en este periódico y en su imprenta, de todas clases y cuanto lujo se desee, á precios equitativos al alcance de toda familia, para lo cual cuenta esta casa con el material necesario.

APRENDIZ.

Se necesita uno en la Imprenta de este diario.

Administración Principal de Correos de Gerona

Horas de salidas y entradas de los correos en esta Principal

Entradas.		Salidas	
Madrid,	9'30 mañana	Para Madrid.	2'30 t.
Barcelona.	9'30 m. 5'45 t.	Id. Barcelona.	6'30 m. 2'30 t.
Francia.	7'30 m. 3'20 t.	Id. Francia.	8'30 m. 5 t.
S. Feliu de Guixols.	7'30 m. 3'20 t.	Id. S. F. de Guixols.	8'30 m. 5 t.
Olot y su línea.	5'30 mañana.	Id. Olot y su línea.	11 mañana.

La distribución de la correspondencia á domicilio la verificarán los carteros á las 8 y á las 10'15 de la mañana y 6'15 tarde.

Para depositar la correspondencia oficial en esta Administración, de 5'30 mañana á 1 tarde y de 1'30 á 5'30. Entrega de periódicos, á las 5 de la mañana, 1'30 y 4'30 tarde y entrega de correspondencia falta de franqueo, de 12 á 1 tarde.

Despacho de certificados y cartas en lista, de 10 mañana á 1 tarde. Valores declarados, de 10 á 12 mañana.

Para el apartado, á las 7'45 y 10 mañana y 3 y 6 tarde.

FUERZA MOTRIZ

de 2 á 3 céntimos caballo-hora, ó sea de 3 á 5 céntimos kilovatt-hora, con los gasógenos y motores á gas pobre.

M. Taylor y C.^{is} de París
(Prviilegiados)

Dirigirse en España á los señores SANSINENA É HIJOS, San Sebastián.

IMPRESIONES

Se hacen con esmero, equidad y buen gusto en la imprenta de este diario, desde la más sencilla tarjeta á la obra más complicada, como circulares, recibos, prospectos, facturas, estados, monografías, periódicos, libros, memorandums, folletos, etc., ect.

LA LUCHA

Diario de Gerona

FUNDADO EL AÑO 1871.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Capital.	4'50 ptas. trimestre
Fuera de la Capital.	5 » »
Ultramar, en oro.	18 » semestre
Id. un año en oro	25 » »
Extranjero.	7'50 » trimestre

Todo pago se entiende por adelantado.

Redacción y Administración plaza de San Francisco, 6.